

Los antiguos bajíos de Puerto de la Cruz.

Hasta hace unos años la línea de costa de Puerto de la Cruz era un garabato irregular formado por las manchas negras de las rocas basálticas, el azul variable de las aguas marinas y el blanco espumoso de las olas al golpear con-

tra los rompientes. Los arrecifes de rocas volcánicas constituían una amplia e inestable frontera entre la seguridad de la tierra firme y la siempre arriesgada vida en el mar. Lo que hoy sabemos sobre el origen y la naturaleza



Bajíos de Martiánez.

de los arrecifes basálticos que configuraban los extensos bajíos del litoral portuense se lo debemos a los estudios del profesor Telesforo Bravo. Los bajíos fueron conformados por materiales volcánicos relativamente recientes, puesto que anteriormente la costa en la zona que hoy ocupa el Puerto de la Cruz estaba constituida por un pequeño acantilado, continuación del que por el este llega hasta la playa de Martiánez, y continúa por el oeste más allá del camino de El Burgado. En la actualidad, podemos reconocer el trazado de lo que fue en el pasado el acantilado costero en lo que hoy ocupa El Tope, las laderas de El Taoro, El Salto del Barranco, Las Dehesas y Las Adelfas. La ciudad originaria se asentó sobre terrenos relativamente llanos situados por fuera de esos acantilados. Estos terrenos fueron ganados al mar por sucesivas coladas de lavas procedentes de erupciones volcánicas que tuvieron lugar posteriormente, las últimas ocurrieron hacia 1430, cuando los pequeños volcanes situados en el interior del valle, Las

Arenas y La Montañeta, emitieron coladas que avanzaron hacia el mar. Se originó así un territorio relativamente llano y de poca altura que se abrió al mar en forma de abanico desde los llanos de Martiánez hasta Punta Brava. Luego, los sedimentos aportados por la actividad continuada de los barrancos fueron cubriendo parte de aquellos inhóspitos malpaíses de escorias, y se generó así suelo suficiente para permitir el crecimiento de las primeras tabibas y cardones. Más tarde con el asentamiento urbano, el hombre fue adaptando muchos de estos terrenos para sus cultivos.

En su momento, las coladas de lava fueron avanzando lentamente siguiendo el desnivel del terreno, hasta llegar al mar donde los materiales incandescentes al entrar en contacto con el agua se enfriaron bruscamente. Las lenguas de lava penetraron unos cientos de metros en el hasta entonces dominio del mar y formaron unos accidentados arrecifes basálticos. Inmediatamente, del mar comenzó un lento proceso de erosión que fue modelando estos

arrecifes. De este modo, una amplia franja de estos arrecifes se convirtió en un territorio sometido a las oscilaciones de las mareas. En pleamar eran cubiertos en su mayor parte por un manto de agua que alcanzaba casi las tierras en las que crecían las plantas con flores. Pero a medida que bajaba la marea afloraban riscos y extensas plataformas, accidentadas y caprichosas en sus formas, en las que los rompientes de sus bordes expuestos hacia el mar, sufrían el azote continuado de las olas. Esta primera barrera habitualmente servía de freno, reduciendo la violencia con la que el mar suele acercarse al norte de Tenerife, con lo que algo más hacia tierra era posible encontrar zonas más abrigadas y charcos con aguas aplaceradas. Las olas fueron desgastando los rompientes con lo que la línea de costa fue retrocediendo, pero los materiales más duros soportaron la erosión y se mantuvieron como grandes rocas aisladas simulando minúsculos islotes a cierta distancia de la orilla. Algunas sólo resultaban visibles durante las

bajamares, otras permanecían siempre sumergidas, a veces a pocos centímetros de la superficie, formando las bajas o bajones tan temidos por los pescadores.

Este accidentado litoral, con amplias plataformas de mareas e innumerables bajas cerca de la costa, fue uno de los grandes problemas a los que tuvieron que enfrentarse los navegantes que pretendían en el pasado fondear en las costas portuenses. Fueron muchos los naufragios provocados por las malas condiciones que para la navegación ofrecían las denominadas 'sucias' costas portuenses. Sólo los marinos más experimentados se atrevían a navegar cuando las condiciones del mar ocultaban a la vista las posiciones de las bajas, o cuando era necesario enfrentarse a olas que empujaban poco a poco las embarcaciones hacia los rompientes. En el pasado, los navegantes buscaban para fondear los denominados 'limpios', esto es, los fondos relativamente profundos desprovistos de bajas. Una consecuencia de este accidentado litoral y de sus características

oceanográficas, es que no haya existido nunca unanimidad con respecto al lugar idóneo para ubicar el puerto de la ciudad. Sin embargo, lo que tradicionalmente ha sido interpretado como una naturaleza hostil colmada de inconvenientes y de peligros para la navegación, también puede ser presentada desde una perspectiva totalmente diferente. En aquellos accidentados riscos litorales fruto de la naturaleza volcánica de estas islas, la vida se desarrolló en su vertiente más exuberante permitiendo que en espacios relativamente reducidos proliferaran plantas y animales marinos en una proporción que no ha sido superada en ambientes similares de otros espacios litorales a lo largo de las morfológicamente muy variadas costas de las islas Canarias.

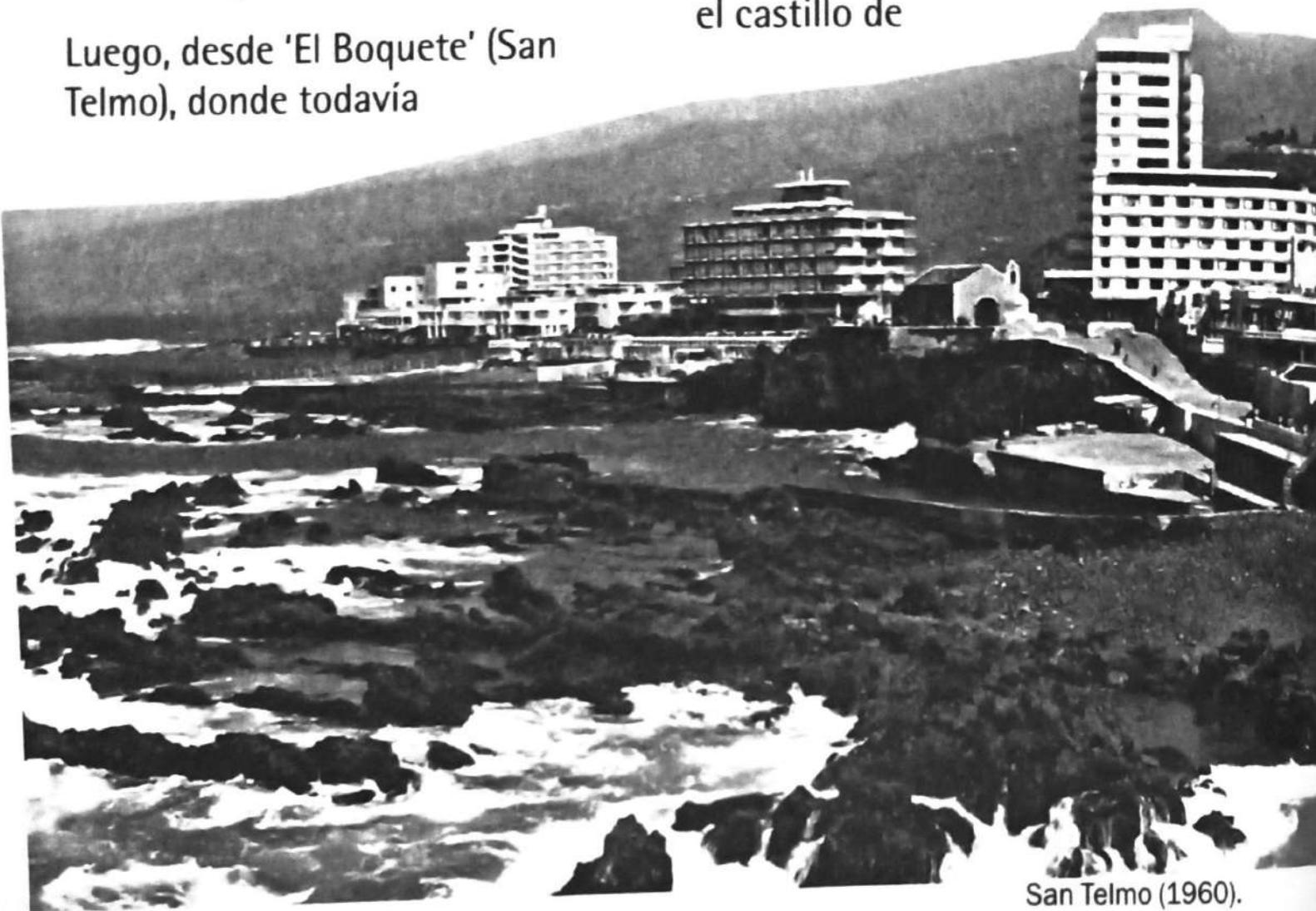
Hasta mediados del siglo XX, los extensos bajíos que se extendían entre las desembocaduras de los dos barrancos que limitaban la ciudad, Martiánez por el este y San Felipe por el oeste, constituyeron los signos más distintivos de la costa de Puerto de la Cruz.

Hoy se puede afirmar que tanto por la superficie que ocuparon como por la riqueza en diversidad de organismos marinos que albergaron, estos ecosistemas fueron los ambientes litorales biológicamente más importantes de Canarias. Los resultados de los numerosos estudios realizados por científicos europeos en estos bajíos durante los siglos XIX y XX permiten realizar esta afirmación. Desde el 'charco de la sogá' hasta los riscos de 'La Cebada' y 'El Pris' se extendían los bajíos de Martiánez en los que era posible encontrar el popular 'charco de La Coronela'. Los recuerdos que conservo de estos bajíos están enmarañados con otros recuerdos de mi infancia, que ahora es posible rememorar no sin un cierto tinte de nostalgia. De finales de los años cincuenta, no he logrado olvidar ni el olor de los tarajales ni el de los mujos en los anocheceres de finales de verano. Tampoco, la visión de los bajíos que con las bajamares vivas dejaban expuestas al aire y a los ojos de los que regresábamos de la playa, las amplias y accidentadas plata-

formas del litoral de una costa de Martiánez que todavía no había sido urbanizada. Recuerdo estos bajíos como una extensa lengua oscura que penetraba hacia el mar, y que en el crepúsculo estaba salpicada por pequeñas luces móviles, las antorchas de los pescadores que rastreaban los pulpos que se escondían en los numerosos charcos que se formaban cuando bajaba la marea. El complejo de piscinas Lago Martiánez se construyó sobre estos bajíos.

Luego, desde 'El Boquete' (San Telmo), donde todavía

se conservan la mayor parte de los arrecifes basálticos, se pasaba a los acantilados del convento de Santo Domingo que descendían lentamente hacia el mar con bajíos que fueron parcialmente utilizados para asentar sobre ellos el muelle de 'El Penitente'. El resto de estos bajíos hasta el muelle pesquero han sobrevivido hasta nuestros días y pueden ser observados en su batalla frente a las olas desde la Plaza de Europa. Desde el muelle hasta el castillo de



San Telmo (1960).



Bajíos de La Ranilla.

San Felipe, se extendían los bajíos de La Ranilla que fueron muy frecuentados por los pescadores. La 'baja de las dos hermanas' se erguía a unos metros de la costa como un vigía que advertía del peligro que acechaba a lo largo de toda esta costa. Estos bajíos eran relativamente llanos y resultaban violentamente barridos por las olas durante los temporales. Las modestas viviendas del barrio de La Ranilla, construidas a pocos metros sobre el nivel del mar, fueron castigadas con cierta frecuencia con inundaciones puesto que los bajíos no constituían realmente una barrera frente al mar. Pero durante el verano, tam-

bién era posible encontrar zonas protegidas frente a la violencia del mar. Así, 'La Estinita', o 'El Rocío' fueron lugares muy populares que ofrecían la seguridad suficiente para el baño. Estos bajíos fueron utilizados como escombrera y sobre ellos se construirá el futuro Parque Marítimo.

Una estimación bastante aproximada de la superficie que abarcaron los bajíos del litoral del municipio portuense puede obtenerse consultando el plano de Puerto de la Cruz levantado por la Brigada Topográfica en 1876. En él es posible estimar que la línea de costa estuvo constituida

por unos ciento cincuenta mil metros cuadrados de arrecifes basálticos, sometidos a las oscilaciones diarias de las mareas. No es de extrañar, por lo tanto, que en esas extensas y accidentadas superficies totalmente abiertas al norte, los ambientes fueran muy variados, permitiendo que las plantas y animales marinos encontraran los lugares en los que las condiciones ambientales fueran las apropiadas para prosperar. Desde las puntas en los márgenes de los bajíos donde las olas golpeaban con violencia, hasta los charcos próximos a tierra más protegidos, era posible encontrar ambientes sombríos o bien iluminados, llanos o muy verticales, con piedras, arenas o rocas. En todos estos ambientes fueron los mujos (algas marinas) los que

con su abundancia aportaron no sólo el color al paisaje litoral, sino también el alimento y lugar de refugio para muchos de los organismos de la rica fauna de los bajíos. La belleza de estos bajíos llamó la atención del artista portuense Marcos Baeza, el cual recreó con su paleta algunos de estos hermosos paisajes tal como eran a finales del siglo XIX. En la actualidad se conservan sólo algunos restos de aquellos primitivos bajíos. Pero la riqueza biológica que contienen nos obliga a protegerlos y conservarlos como símbolos naturales de una ciudad, cuya identidad se forjó en un abrazo constante con el mar.

Julio Afonso Carrillo



Plano de la Brigada Topográfica de 1876.